



CAPITULO XI

Algunas de las futuras compañeras de la señora de Chantal, principian á sentirse inclinadas al retiro.—La señorita Favre, la señorita de Brechard, la señorita de Chatel, la señorita de Blonay, Ana Jacobina Coste.

— 1608 —

No era la señora de Chantal la única que Dios había elegido en tiempos tan difíciles para trabajar, por medio de la fundación de una Orden religiosa, en reanimar en el mundo el espíritu cristiano. Mientras que la Santa adelantaba paso á paso en el conocimiento de los designios de Dios sobre ella, había en Saboya y Borgoña otras almas disgustadas del mundo, solicitadas también por la gracia, pero inciertas sobre los caminos que debían seguir, esperando como la señora de Chantal, un rayo de luz que las iluminara respecto á sus vocaciones, sin pensar en que Dios iba á dar á todas la misma cita.

La primera en turno, y tal vez la más célebre, la señorita María Jacobina Favre, era hija del primer Presidente del Parlamento de Saboya (1). Tenía dieciocho años, mucho talento, un juicio sólido, un corazón fran-

(1) *Las vidas de las cuatro primeras Madres de la Visitación*, por la Madre de Chaugy: Annecy, 1659, en 4.º *La Madre María Jacobina Favre*.

co como su rostro, y ese género de belleza grave que tanto se estimaba en el siglo XVI. Multitud de aspirantes se disputaban su mano, pero la señorita Favre, apasionada por la independencia, no podía tolerar ni aun la idea de casarse. Creía que sólo las viudas eran felices. «Si la hubiesen asegurado que á las dos horas de casarse moriría su esposo, y que de este modo quedaría libre, hubiera aceptado este partido.» Por lo demás, la idea de un convento ni siquiera la había ocurrido, porque odiaba cuanto ataca á la libertad.

No por esto era ignorante de las cosas de Dios; pero su carácter, enemigo de toda sujeción, independiente hasta el exceso; la ligereza de la juventud, la disipación de la sociedad que la rodeaba, y su pasión por la libertad que la hacía rechazar toda regla, relegaban al fondo de su alma el amor que conocía deber á Dios. «Cuando sentía en mí—dice—algunos pequeños movimientos de unción y devoción, trataba de aumentarlos, y para ello procuraba asistir á la muerte de los que fallecían en la ciudad, sobre todo si eran personas jóvenes y bien parecidas; de este modo, el pensamiento de la nada de las criaturas y la miseria de la vida, me impresionaba por tres ó cuatro días; después se desvanecían estas ideas, y las conversaciones del mundo borraban estas buenas impresiones.»

Felizmente, en medio de esta vida ligera conoció á San Francisco de Sales. Este sabio director, que trabajaba en la dirección de las almas con tranquila y paciente dulzura, no instó á ésta, sabiendo que era de un carácter opuesto á toda sujeción. Se contentó con hacerla leer *La Introducción á la Vida devota*, que acababa de dar á luz en 1608, la obligó á confesarse cada ocho días para mantenerla en gran pureza de conciencia, y como tenía un alma grande, muy capaz de conocer la hermosura de las cosas de Dios, y de conmovirse con su pensamiento, la hizo tener todos los días un cuarto

de hora de oración mental, esperando que la gracia y el tiempo darían la última mano á su obra.

No es fácil imaginar en qué circunstancia consiguió la gracia su triunfo sobre esta grande alma, que tanto amaba la libertad. La señorita Favre bailaba perfectamente, y habiendo tenido su madre que ir á Chambery con motivo de algunos negocios, las señoras de la ciudad dieron un gran baile para tener el gusto de verla bailar. La señorita Favre, llena de alegría, se propuso justificar su fama en este punto, y en el momento de dar la música la señal, aceptó la mano del gobernador de Chambery, que la suplicó abriese el baile con él. Aquí era donde Dios la esperaba, enviándole un dardo divino que la atravesó el corazón. «Pobre Favre—se dijo á sí misma interiormente, mientras todos aplaudían su gracia;—¿qué recompensa, que fruto sacarás de esos pasos que das con tanta medida y cadencia? ¡Qué bien ha bailado! dirán: y este será todo tu premio.» Estos pensamientos la llenaron de una saludable confusión. La idea de la muerte y del juicio, y la vergüenza de haber gastado su juventud en placeres tan frívolos, penetraron profundamente en su alma, y salió del baile cambiada, y resuelta á consagrarse á Dios.

No obstante, el Sr. Presidente Favre, que ignoraba esta mudanza, porque María Jacobina lo había callado cuidadosamente, trataba de casar á su hija, y entre otros partidos, se presentó uno muy ventajoso. El hermano del Santo Obispo de Ginebra, Luis de Sales, pidió en matrimonio á María Jacobina; el Sr. de Favre se la concedió, y vino muy contento á dar esta noticia á su hija. Al oírle la señorita Favre se pone pálida, titubea, y cayendo á los pies de su padre, le confiesa llorando el proyecto que tiene de abandonar el mundo. Fué menester que interviniera San Francisco de Sales, el cual tuvo que apelar á los sentimientos de fe y sumisión á la voluntad de Dios del Presidente Favre, para vencer

la resistencia de éste. Todavía fué más difícil persuadir á Luis de Sales, á quien la promesa del Presidente tenía loco de contento. El Santo Obispo se encargó también de anunciarle su desdicha. «¿Sabéis — le dijo un día después de comer— que tenéis un terrible rival? Es menester que le cedais vuestra novia sin remedio ninguno.» «A excepción de su Alteza—respondió el ardiente joven, cuyo valor se aumentaba con su amor—á excepción de su Alteza, dudo yo que haya hombre bastante osado para atreverse á disputármela.» «¡Oh!—dijo el Santo Obispo, con aquella dulce bondad que jamás perdía y con sonrisa fina y graciosa;—ese rival es tan grande, tiene tanto mérito, que no os atreveríais ni aun á mirarle á la cara.» Y viendo á su hermano enmudecer de admiración, añadió: «Sí, porque Jesucristo es el amante elegido por la señorita de Favre.»

En aquella época y entre aquellas familias llenas de fe sincera, el sacrificio no se rehusaba. Luis de Sales calló, sintió en el corazón una profunda herida, apagó heroicamente tan bella y amorosa llama, é inmoló á la voluntad divina una pasión que, aunque naciente, le era más cara que la vida.

El Presidente Favre quiso probar la vocación de su hija, y exigió se quedase algún tiempo más en el mundo. Dejó la señorita Favre los adornos de la juventud, y empezó á confesar el proyecto que tenía de abandonar el mundo para consagrarse á Dios. Así pasó un año. Ella no conocía entonces á la señora de Chantal, y no tenía más que una idea muy vaga del género de vida que el Santo Obispo quería que abrazase.

Al mismo tiempo otra señorita, rica también y de una noble familia de Borgoña, la señorita Carlota de Brechard, caminaba al mismo fin, pero por senda muy diferente (1).

(1) *Las vidas de las cuatro primeras Madres de la Visitación*, por la Madre de Chaugy. Annecy, 1659, en 4.º *La Madre Carlota Brechard*.

Había principiado su vida pobre y duramente. A la edad de siete meses perdió á su madre. A los cuatro años padeció una enfermedad rara, desconocida de los médicos, y tan aguda, que la puso á las puertas del sepulcro, en términos que, creyéndola muerta, la cubrieron con un paño y encendieron una vela bendita. Poco tiempo después, teniéndola en sus brazos una de sus tías, la dejó caer desde la ventana de una galería, y su cabeza dió en el borde de un estanque, entre piedras y abrojos, de suerte que la levantaron medio muerta. Apenas salva de estos peligros, se declaró la peste, y sus dos hermanas sucumbieron en muy pocos días, y su padre huyó del contagio. La criada del castillo, con esa crueldad fría que se ve tan á menudo en tiempo de peste, la hizo llevar á una casa de campo en donde todos habían muerto, y en la que se habían refugiado dos jóvenes que ganaban su subsistencia enterrando á los que morían apestados. Estuvo allí seis semanas sobre un poco de paja, sin más compañía que la de los dos sepultureros, que le maltrataban y le quitaban la poca comida que le traían. Una infeliz criada atacada de la peste vino poco después á refugiarse en aquel miserable tabuco, juntando su propia miseria con la de la niña: desde la misma noche ambas comieron y se acostaron juntas, y al otro día murió la criada casi en los brazos de la niña. Los dos sepultureros envolvieron en un paño á la muerta, y al salir para ir á buscar un carro, dijeron á la niña que se quedara para cuidar del cadáver. Pasó un día entero delante de este lúgubre espectáculo, y al aproximarse la noche le entró tanto miedo, que se agarró llorando á los barrotes de la ventana para no ver á la muerta. Sus horribles compañeros, viéndola inundada en llanto y decidida á no quedarse sola en aquella casa infestada, la metieron en su carro con el cadáver, y asistió amedrentada á este lúgubre entierro. Tres meses enteros se pasaron así,

durante los cuales, en medio de aquella aldea abandonada, se vió mil veces en peligro de ser devorada por los lobos, que andaban alrededor de los cuerpos, cubiertos solamente con un poco de tierra. Nadie se cuidaba de ella, y se veía obligada á ir á comer moras á la orilla de los vallados, y frutas silvestres en medio del campo, andando sola por los caminos, quemada del sol, manchada de lodo, y tan andrajosa, que nadie hubiera podido reconocerla.

De vuelta á la casa paterna cayó en manos de una maestra caprichosa, que más que á leer, la enseñó á sufrir. Después, su padre, que no la quería, para desembarazarse de ella la metió en uno de aquellos conventos, que por su tibieza y relajación sirvieron de pretexto á Lutero para romper las rejas. Aquí la esperaban otros peligros. Hasta entonces no había oído hablar de Dios ni de la religión, y la primera vez que conoció ésta, fué para verla despreciada, envilecida y deshonrada. En lugar de esa paz, de ese silencio piadoso, de esas castas alegrías del amor de Dios, y de esa atmósfera celestial que se aspira y tanto conmueve en los claustros fervorosos, no vió sino la ligereza y la disipación que entristecían una morada no hecha seguramente para su alma; religiosas sólo de nombre y mundanas de corazón, ocupadas en agradar á los hombres, dejando el coro por el locutorio, y no teniendo en medio de vida tan disipada en visitas y pasatiempos, ni tiempo ni momento para oración, ni gracia de recogimiento. Muy gran peligro es para una mujer joven y poco instruída encontrar al mundo oculto con el velo y la hipócrita máscara de religión. Pero el alma de la señorita de Brechard era tan grande y magnánima que nada pudo corromperla ni detenerla en sus aspiraciones hacia Dios.

Privada de todo socorro espiritual, su Crucifijo era para ella un doctor mudo, pero elocuente. Le gustaba

fijar en él largas y ardientes miradas, que le revelaron la ciencia de las ciencias, la del sacrificio y de la penitencia. Apenas entrada en la adolescencia, y sin haber tenido maestros, con sólo la inspiración de la gracia, no pensaba sino en macerar su carne. No sabiendo á quién dirigirse para tener instrumentos de penitencia, tomó una cuerda de crines de caballos, con que atraillaban á los perros para cazar, y habiendo hecho en ella quince grandes nudos en honor de los quince misterios del Rosario, empezó á imprimir en su carne la señal sangrienta de Jesucristo. Ayunaba los viernes y los sábados, y dos veces al día iba á curar los cánceres, y á besar los pies y las úlceras de siete ú ocho pobres protegidos suyos.

El amor de Dios es insaciable. Un ardiente deseo de consagrarse á Dios en un claustro austero se apoderó de ella; y como no conocía otro monasterio que el de las Clarisas, se decidió á escoger esta clase de vida penitente.

En estas circunstancias, la señorita de Brechard tuvo un sueño misterioso que la alarmó sin iluminarla. La pareció ver en una gran sala un altar magníficamente adornado, y al pie de este altar una religiosa vestida con un traje no conocido aún en la Iglesia, que cantaba el oficio de un modo extraordinario. Entre otras ceremonias, tomó una trompeta y tocó de un modo muy agradable, y después, volviéndose á ella, «¿quereis ser de las nuestras?—la dijo.—¡Jesús! sí—respondió Carlota;—con todo mi corazón.» Con esto la religiosa la dió un ramo de flores, y tocando de nuevo la trompeta, convidó á un número infinito de doncellas á que la siguieran.

Poco después, un religioso franciscano, que tenía fama de gran predicador, llegó á Dijón, y la señorita de Brechard alcanzó permiso para asistir á sus sermones. Era la primera vez que escuchaba el nombre de Dios,

saliendo del corazón y de los labios de un hombre elocuente, y se conmovió hasta lo más íntimo de su alma. Después del sermón fué á buscar al religioso, le abrió su corazón, y por consejo suyo fué á pretender en las Carmelitas, que acababan de llegar á Dijón, pareciéndole que serían las religiosas desconocidas que había visto en su sueño. Informado su padre de su proyecto, se encogió de hombros, su hermana se burló, y todos sus parientes se rieron mucho. Sin desconcertarse por esto la señorita de Brechard fué á confiar su pena á la señora de Chantal, á quien conocía hacía años, habiendo tenido en la pila del bautismo á su hija Carlotita. La señora de Chantal la llevo á las Carmelitas, donde la recibieron con su recomendación. Ni una ni otra imaginaban entonces el porvenir que Dios reservaba á las dos.

Después de un mes de estancia en el convento, y á consecuencia de una grave enfermedad, la fué preciso dejar una Orden tan austera; y la señorita de Brechard, recomendada por la señora de Chantal y la Presidenta Bruslard, fué admitida en las Ursulinas; pero su no bien restablecida salud fué un obstáculo para seguir con estas religiosas. Al salir del convento, el Presidente Fremiot la ofreció llevarla á Monthelón á pasar unos días, para restablecerse, en compañía de su hija la señora de Chantal. Aceptó con grande alegría, y allí vió por primera vez á San Francisco de Sales, que fué, como diremos muy pronto, á bendecir el matrimonio de María Amada, la hija mayor de nuestra Santa. La señorita de Brechard abrió su corazón al Santo Obispo, y éste, que conoció al instante que esta alma era de un temple fuerte y capaz de hacer las más grandes cosas, la dijo, después de haberla manifestado sus designios: «Hija mía, ¿os contentaríais con seguir la suerte de la señora de Chantal?» Esto fué una revelación para la señorita de Brechard, que la recordó el ramo de flores de su

sueño. «¡Oh, Ilmo. Señor! — respondió — ¡sería un gran contento para mí!» «Quedad, pues, en paz — respondió el Santo, — y no penséis, hija mía, en otra cosa sino en amar mucho al que os quiere toda para El.»

La vista penetrante de San Francisco de Sales no le había engañado; la señorita de Brechard era una grande alma muy ardiente, pero aún más generosa, y capaz de llegar en todo hasta el heroísmo, habiendo sido la más ilustre de las compañeras de la señora de Chantal. Honrada durante su vida con el don de milagros, arrebatada muchas veces en éxtasis, admiró al claustro con la heroicidad de sus sacrificios. Su cuerpo, muchos años después de su muerte, estaba incorrupto, y exhalando un perfume incomparable. El proceso de su canonización se principió al mismo tiempo que el de la de Santa Juana Francisca.

Poco tiempo antes que San Francisco de Sales encontrase en Monthelón á la señorita de Brechard, había conocido en Ginebra, hacia el año 1596, á una criada de una posada, ignorante, rústica, que no sabía ni leer, pero que poseía un gran espíritu, un alma generosa, adornada de los dones más singulares de la gracia, y que, á pesar de su origen plebeyo y la humildad de su posición, debía desempeñar un gran papel en los primeros tiempos de la Visitación (1).

Ana Jacobina Coste había guardado carneros en su juventud; y, parte por la pobreza en que se hallaba, parte por miedo al aislamiento en que vivía en medio de las montañas de Saboya, se decidió á la edad de dieciséis años á ponerse á servir. Su amo era protestante, y vivía en Ginebra. Desde los primeros días conoció las buenas cualidades de esta criada, y se valió de todos los medios para hacerle apostatar; pero las promesas de

(1) *Las vidas de siete religiosas de la Visitación*, por la Madre de Chaugy. Annecy, 1659, en 4.º, *Ana Jacobina Coste*.